



**Victoria Mejilla** fue esterilizada a la edad de 24 años. Las enfermeras amenazaron con llamar a la policía si su marido se oponía.



**Antonia Calderón** lo comprendió demasiado tarde: “Se aprovecharon de nosotros prometiéndonos ayuda alimentaria, tratamientos gratuitos”.

## PERUANAS ESTERILIZADAS A LA FUERZA

### “NUNCA MÁS PODRÉ TENER HIJOS”\*

*Pobres, analfabetas, indígenas. Ellas fueron manipuladas y operadas por grado o por fuerza. Hoy, ellas deben enfrentar esta terrible mutilación.*

Les mintieron: “Las enfermeras llegaron y nos dijeron que en el año 2000 sucedería el fin del mundo. Lluvias de fuego caerían sobre la tierra, quemarían las cosechas, ya no habría agua ni alimento, los humanos se comerían los unos a los otros, entonces ¿Por qué seguir teniendo hijos?”. Es así que en 1996, Antonia Calderón, 33 años, campesina de Chinchaypucyo, un pueblo situado a un centenar de kilómetros de Cusco, en los Andes peruanos, se dejó convencer de hacerse esterilizar en el hospital, a la edad de 25 años. En el año

---

\* Clotilde Warin. Fotos: Jérôme Tublana

*Cosmopolitan.*, Octubre 2004.

Traducido por Ernesto Alvarado Portalino.

2000, el fin del mundo no ocurrió, pero el Presidente Fujimori escapó al Japón, y la democracia regresó al Perú. Desde entonces, se descubrió la amplitud de los estragos: entre 1996 y 2000, más de 300.000 peruanas fueron esterilizadas a la fuerza. Gran número de ellas no había comprendido lo que se les había propuesto o impuesto, o simplemente cedieron a las promesas de ayuda. “Me prometieron víveres –recuerda Antonia-, aceite, arroz, frejoles. Me dijeron que después de la operación todos los cuidados médicos serían gratuitos. Pero nadie nunca me dio nada, y cuando fui al centro de salud, los exámenes eran pagados”.

### **El personal médico, en primera línea**

Falsas promesas, discursos estafalarios; el personal médico no escatimó esfuerzos para convencer a las mujeres de hacerse operar. Por el contrario, las explicaciones médicas fueron sucintas. Las palabras “ligadura de trompas”, la operación practicada, eran desconocidas para las indígenas. “Me dijeron que me iban a atar alguna cosa en el interior para que ya no pueda tener hijos, pero que cuando me retractara, me tratarían de manera que pueda concebir nuevamente y que sería gratuito”, asegura Antonia. Falso: Durante la intervención, las trompas son seccionadas, una operación casi irreversible. Sin embargo, la voz de Antonia no trae ningún sentimiento de odio ni deseo de venganza. Solamente una infinita tristeza. “Solamente tenía 25 años. Cuando lo recuerdo, es como una pesadilla. Se llevaron a todas las mujeres del pueblo. Nosotras éramos veinte, unas dentro de la ambulancia, otras en la parte trasera de un camión, hacinadas como ganado”. Dos horas de camino hasta el hospital del pequeño pueblo de Anta. “Nos quedamos todo un día dentro de una sala helada. Cuando las mujeres abandonaban la sala de operación, algunas se ponían de pie, se sostenían en la pared como sonámbulas. Se quejaban, gritaban como borrachas, había algunas que vomitaban”.

### **Estériles y marginadas por la sociedad**

Desde ese entonces, Antonia afirma sentir “una especie de herida en el interior”, pero también sufrimiento moral. “Con mi marido las relaciones se han vuelto difíciles. Debido a que soy estéril, él me trata como a una bestia, siempre me dice que ya no puedo reproducirme”. Antonia solamente tiene dos hijos.

*Cosmopolitan., Octubre 2004.*

*Traducido por Ernesto Alvarado Portalino.*

Oficialmente, las esterilizaciones solamente debían tocar a las madres de más de 5 hijos. En lo sucesivo, Antonia ya no se atreve a asistir a la misa, donde el cura, católico integrista, combate en sus prédicas a las mujeres impuras que no pueden alumbrar, y las culpa de estas esterilizaciones forzadas.



**Hilaria Supa**, dirigente campesina de la región de Cuzco, lucha para que se haga justicia a las mujeres esterilizadas.



**Sabina Ulca**, 35 años, es una de las doce víctimas reunidas por Hilaria Supa que se han atrevido a denunciar el hecho en 2001

Esterilizada el mismo día a los 29 años, Felicitas Chacón también ha abandonado la iglesia. A sus 36 años, esta madre de 4 hijas debe enfrentar la mirada de otros, varones pero también mujeres, menores y mayores, que tuvieron la oportunidad de escapar a la esterilización. “Algunas dicen que estamos enfermas, que tenemos cáncer –confía Felicitas-. No se nos mira como personas sanas. Es muy malo lo que nos ha ocurrido. ¿Cómo alguien nos ha podido hacer eso? Indígena quechua, como Antonia, ella se estima una víctima del racismo del gobierno: “Fujimori actuó para que ya no haya más indígenas. No quería más de nosotros porque somos demasiado pobres”.

Oficialmente llamadas “anticoncepción quirúrgica voluntaria”, las esterilizaciones eran consideradas como el único medio de limitar los

nacimientos, y de este modo, reducir la pobreza. La campaña abarcó en su mayoría poblaciones rurales, en los Andes, en la Amazonia, pero también aquellas que se instalaron en los barrios de las



**Jenny García**, aquí con sus amigas de Belén, todas esterilizadas. El hombre con el que ella vive desde la muerte de su marido quisiera tener hijos. **Felicitas Chacón** con sus hijos: “Fujimori no quería más de nosotros porque somos pobres, demasiado pobres”.

afueras de Lima. Ahora bien, en el Perú, los campesinos y los más pobres son indígenas de diferentes grupos étnicos, o mestizos con una identidad aún más difusa.

En el caso de los indígenas de los Andes, el peso de las creencias tradicionales se ajusta a la religión cristiana. La fertilidad de la Pachamama, la Madre-Tierra, venerada por los quechuas, está íntimamente ligada con la de las mujeres. “En la cultura andina, los hombres son las semillas y las mujeres son la tierra –explica Hilaria Supa, dirigente campesina de la región-. Para muchos, las mujeres esterilizadas con una maldición”. Frecuentemente ellas se sienten incapaces para los trabajos del campo. “En mi familia, me dicen que llevo el mal dentro de mí” explica Victoria Mejilla, campesina quechua de Ccolccabamba, no muy lejos de Anta. Madre de tres hijos, ella tenía 24 años cuando una enfermera vino a hablarle de “monstruos de fuego que iban a precipitarse sobre el mundo”. Como si eso no hubiera bastado, “las enfermeras amenazaron con llamar a la policía si mi marido no las autorizaba a operarme”. El aceptó, ella partió en la ambulancia y regresó a su casa esa misma noche, a pie, sola y humillada.

*Cosmopolitan., Octubre 2004.  
Traducido por Ernesto Alvarado Portalino.*

## **Si hablan, no las curaremos más**

“Hay mujeres que después de la operación, caminaron ocho horas para regresar a sus casas, algunas incluso se suicidaron –afirma Hilaria Supa-. Operaron mujeres sin hijos o con un solo hijo por igual. ¿Quién hará justicia aquí?” Hilaria lucha desde hace muchos años al lado de las víctimas. Pero no siempre es fácil convencerlas de que hablen. “Desde que hemos respondido las preguntas de Hilaria –cuenta Juana Huamán- nos ganamos el regaño de las enfermeras de mi pueblo, Mahuaypampa. Ellas nos dijeron que si hablamos de nuevo, ellas ya no nos atenderán”.

El personal médico se aprovechó de la ignorancia de las campesinas, generalmente analfabetas, y de su docilidad. Juana, madre de tres hijos, se acuerda del discurso de las enfermeras que le visitaron en 1998. “Ellas me decían: ¿Por qué se reproducen sin parar, como chanchos, como cuyes? ¿Cómo vas a hacer para criarlos?” Después me prometieron medicamentos y tratamientos gratuitos de por vida si les seguía al hospital, que sería solamente un pinchazo, y que en dos años podría tener nuevamente hijos. Pero cuando llegué al hospital, me desvistieron, me dejaron en bata. Yo quería escaparme, pero las puertas estaban cerradas con llave. No sabía lo que me iba a suceder”. Juana tenía 25 años. “Después mi marido se molestó conmigo, me pegó y me dijo: Mejor muérete, me cuestas demasiado caro”.

El marido de Sabina Ulca se niega a dejarla salir sola. Por miedo a ser traicionado, porque las mujeres esterilizadas son con frecuencia consideradas como prostitutas. Sin embargo, fue él quien hace seis años aceptó la operación de su esposa. “Las enfermeras le ofrecieron una pequeña comida para convencerlo y él aceptó. A mí me ataron a la cama para que no me escape y después me sedaron”. Sabina fue esterilizada sin comprender del todo lo que le había sucedido, inmediatamente después de haber dado a luz a su cuarto hijo. Tenía 29 años. Hoy, esta campesina de Huayllacocha es una de las doce víctimas reunidas por Hilaria Supa que se han atrevido a denunciar el hecho, en 2001. Nadie les responde aún, pero Sabina no pierde las esperanzas: “Quisiera que se diga la verdad, que todo el mundo conozca el daño que el



gobierno nos ha hecho. Y desearía que esto no le suceda a ninguna otra mujer”.

Muy poderosa en el Perú, la Iglesia Católica utiliza este suceso para luchar contra todo método anticonceptivo, incluso los preservativos. Algunas organizaciones feministas, que temen aparecer vinculadas a la Iglesia, prefieren callarse. Otras, con Hilaria Supa, rechazan este silencio. “Nosotras no estamos contra la anticoncepción –explica la dirigente-. El problema, en este caso, no es la planificación familiar, sino que el Estado ha violado los derechos de las mujeres”. Para el gobierno “las investigaciones están en proceso”, así lo afirma la Fiscal de la Nación, Nelly Calderón, que admite haber recibido hasta la fecha solamente 50 testimonios. En un país tres veces más grande que Francia, aún quedan regiones enteras donde los encuestadores, pretextando



**Antonia** confiesa que, desde que fue esterilizada, no se atreve a comulgar. **Sabina** regresa del mercado de Urubamba, donde vende sus productos. **Hilaria**: Las mujeres que se vinculan con ella fueron amenazadas con privación de tratamientos médicos.

difícil acceso, no han llegado. Sin embargo, en estos mismos lugares, no es difícil encontrar mujeres esterilizadas y métodos ya conocidos. En Santa Cruz, una aldea situada a los bordes del río Amazonas, Gloria Rucoba tuvo una única visita de “gente de la ciudad”, en 1996. “Entraron en cada casa –recuerda-. Me prometieron dinero, 50 soles (12 euros), y ayuda alimentaria a cambio de la operación”. Gloria, hoy con 45 años, es madre de 6 hijos. La venta de plátanos y yuca en el mercado de Iquitos apenas alcanza para alimentar a su familia. Las promesas jamás fueron cumplidas.

### ¿Anticonceptivos? “Esterilizar es menos caro”

*Cosmopolitan.*, Octubre 2004.  
Traducido por Ernesto Alvarado Portalino.

Jenny García casi pierde la vida tras la operación. “Tenía un absceso – cuenta-. Me mantuvieron en el hospital durante un mes y medio, pero mi herida seguía infectándose. Lloraba todos los días. Mi marido, furioso conmigo, no venía a verme”. Eso fue hace ocho años, Jenny solamente tenía 24 años y dos hijos.

Una noche, ella se fugó del hospital y fue tratada por un médico del centro de salud de Belén. Ella siempre vivió en este barrio cercano a Iquitos, cuyos habitantes lo denominan dignamente “la Venecia del Amazonas”. Aquí, a las puertas de una gran ciudad, muchas mujeres utilizan los métodos anticonceptivos de manera habitual. Uno de los más comunes, una inyección aplicada cada tres meses, antes era distribuido de manera gratuita en el contexto de los programas de planificación familiar. “Fui al centro de salud para pedir una inyección –recuerda Jenny-. Las enfermeras me dijeron que en ese momento el único método anticonceptivo gratuito era la ligadura de trompas. No podía pagar las inyecciones. Las enfermeras me explicaron que después de esta operación podría tener nuevamente hijos, en ocho o nueve años”. Hoy, Jenny sabe que le han mentido.

Georgina García también deseaba tener más hijos. Ella tenía cuatro antes de ser esterilizada a la edad de 27 años, pero uno, su único hijo varón, ha muerto hace dos años. Desde ese entonces, ella quisiera otro hijo. “Era 1998 –recuerda-. La obstetrix vino a verme, ella creía que yo tenía demasiados hijos, me decía que yo no tenía los medios para criarlos. Acepté, pero hoy me retracto, me siento culpable”. En esa calle de Ciudad Jardín, un pequeño pueblo cerca de Iquitos, 6 mujeres fueron esterilizadas. Aquí, así como en otros lugares, no todas fueron forzadas, algunas aceptaron la operación con conocimiento de causa, pero recuerdan la insistencia extrema del personal médico. “Las enfermeras entraban en cada casa, insistían, hacían promesas, regresaban a tu casa hasta que cedieras –afirma Georgina-. El gobierno les pagaba bien, a las enfermeras y a los médicos. Obtenían dinero por cada mujer esterilizada. Por eso venían a buscarnos”. Ella tiene razón. El programa de Fujimori efectivamente disponía primas para el personal médico: 15 soles (3.50 euros) por esterilización para las enfermeras encargadas de convencer a las mujeres, 20 soles (4.60 euros) para las obstetrices, un poco más para los

*Cosmopolitan., Octubre 2004.*  
*Traducido por Ernesto Alvarado Portalino.*

médicos. Cada uno de ellos tenía cuotas, y los que no las cumplían podían perder su empleo. Ingeniero convertido en dictador, aficionado a las estadísticas, Alberto Fujimori velaba por sí mismo el desarrollo del programa, lamentándose de los resultados insuficientes. En nombre de la lucha contra la pobreza.